

Mientras el mundo comunista intenta desintegrar, por todos los medios, al capitalista, se juega, tanto en la URSS como en los países satélites de Europa del Este, a un remedo tan burgués como es el desarrollo del espíritu de lucro. Se da curso a las ganancias en ciertas proporciones o grados que, si son relativamente escasas en la misma URSS, conocen un auge mayor en los países satelizados y muy especialmente Hungría.

Hace unos quince años me sorprendió, sobrevalorando las inmensas extensiones que median entre Moscú y Georgia, ver, junto a la gran granja o caserío colectivizado sobre tierras de pan llevar, los compartimentos recolectores, cuidados como jardines, correspondientes al lote privado del trabajador de la comuna. De allí sale la mejor verdura o fruta que se vende en el mercadillo, también adosado al «grande». Gracias a este subterfugio, el déficit agrícola de la URSS resulta menor de lo que, de todas maneras, es, comparado con la producción del tiempo de los zares. A pesar de las matanzas de kulaks por Stalin, o quizás debido a ello mismo, la agricultura, como es sabido, necesita todos los años de la importación de trigo, procedente —paradoja de las paradojas— de los Estados Unidos. En el ramo industrial se practica también en Rusia la actividad que allí se llama «na levo» y de la cual habla de vez en cuando el mismo «Pravda». Consiste en un trabajo lateral o actividad laboral de mercado negro. Por citar otra vez Georgia, que a mí me impresionó por su proclamada falta de fe marxista bastante generalizada, por lo menos ante nosotros extranjeros, se descubrió hace poco el caso de un millonario clandestino, Otario Lazichvili, uno de los auténticos amos de la República sureña. Hacía funcionar cuatro fábricas clandestinas de las que salían productos de consumo a precios también «negros».

Es natural que de esos «escapes» que algo oficiosamente se permiten —como la compraventa de prendas de vestir de los turistas occidentales en las mismas puertas de los hoteles—, algunos se pasen de rosca y vuelvan a implantar un mercado paralelo

más o menos sometido a la ley de la oferta y la demanda y, sobre todo, al espíritu de ganancia, gracias al cual se aumenta la producción.

Precisamente para conseguir esto último los colaboradores de Janos Kadar, el hombre fuerte de Hungría, parecen haber dado rienda suelta a un cierto sector privado. Dos de cada tres trabajadores complementan sus ingresos con un trabajo o actividad de mercado negro. Gracias a ello, el nivel de vida de Hungría es uno de los más altos entre sus congéneres; su número de coches privados y televisores es el más crecido. Janos Kadar parece haberse dado cuenta de que haciendo la vista gorda, sale hasta ganando el propio Partido Comunista, que así es menos contestado. Últimamente, la cosa ha pasado a más. El poder público ha intervenido para dar créditos y otras facilidades fiscales a la producción paralela. En el ramo de la construcción, el 40 por ciento de la actividad también es con lucro privado. Cien mil artesanos y diez mil comerciantes trabajan por su cuenta. Y, según dijo un funcionario: «Habría más todavía si algunos no temieran el riesgo de perder dinero; prefieren quedarse con la seguridad de las empresas del Estado... con un poco de trabajo de estiramiento simultáneo». Para el año próximo, en Hungría, incluso el Estado empezará a ganar también a través de este renglón. Aplicará una cierta fiscalidad a esos «libres», dándoles, al mismo tiempo, la oportunidad de licenciar a los asalariados excedentes.

Al término de la lectura de un informe donde venían los datos arriba expuestos, he recordado algunas intervenciones durante uno de los últimos debates del Congreso de los Diputados. El tema tratado, para mí era lo de menos. Se hablaba de la nueva ley o modificación de la antigua sobre el impuesto de lujo. Una materia sumamente casuística y que dio lugar a una buena intervención del ministro de Hacienda. Lo sorprendente, durante el debate, fueron las intervenciones de algunos diputados más o menos marxistas, a los cuales lo que parecía molestarles más es que unos comer-

ciantes o unas empresas ganasen algún dinero.

Ciertamente, en nuestro país, buen número de marxistas —quizás porque no han tenido la responsabilidad de gobernar— se manejan con unas ideas utópicas que la mayor parte de sus congéneres de otros países han superado en nombre del realismo más elemental. Están aquí de ida, cuando en los propios países comunistas —como hemos visto— están ya de vuelta.

Y las tesis no gananciosas de nuestros marxistas todavía son más perniciosas para nuestra economía, porque en España semejantes prédicas son como llover sobre mojado. Durante siglos, en ciertas partes o estamentos de nuestro país trabajar para ganar dinero estaba mal visto. Los judíos se enriquecieron porque la práctica mercantil era incompatible con el caballero de buena cuna.

Tuve un día en mis manos un documento que me mostró un amigo recientemente desaparecido. Era una instancia de suprimir antepasado —y no muy lejano— que obtuvo el título de conde. Para ello debía probar en el expediente que ninguno de sus mayores había trabajado con sus manos ni se había dedicado a actividades mercantiles. Sobre semejantes prejuicios afortunadamente desaparecidos, que han dejado hasta hace poco atisbos o reliquias, hay que añadir circunstancias de clima, étnicas o simplemente costumbristas, que han hecho que se considerase el trabajo como una condena, sólo

aceptable para casos de necesidad. Algunas partes de la Península se salvaron desde antiguo de parecidos disparates, bien por falta de una poderosa nobleza, emigrada a Madrid, o escasisima, como en Cataluña o en el País Vasco, bien por otras razones mímicas o climatológicas.

Hablando en términos económicos y salvando valores espirituales, hoy se puede decir que cierto tipo de catolicismo contribuyó —con sus renuncias terrenas— al desprecio por el dinero. Es decir, por el propósito de ganar dinero. Otra circunstancia ciertamente que no nos favoreció. Especialmente en contraste con los países protestantes, entre los cuales el ganar dinero era algo así como una prueba visible del apoyo divino. Esa, grosso modo, es la tradición anglosajona que llevaron a los EE. UU. los navegantes del «Maryflower», convirtiendo aquel país en lo que es hoy gracias a la fuerza del trabajo. Trabajo apoyado en la única justificación de ganar dinero. Cuanto más mejor. Y por más que tuvieran, las gentes trabajaban y enriquecían, de paso —única manera de hacerlo—, al país. Ahora, en Inglaterra, trabajan mucho menos y el país ha necesitado de la inyección tradicional que representa la señora Thatcher para reaccionar. En Norteamérica, salvo el «hippismo» —allí puede ser una explicable reacción al medio, aquí no—, trabaja, en general, el «hombre rico y el hombre pobre».

Carlos SENTIS

## Electrodomésticos y maternidad

### Una división del trabajo

Hace poco, en algún sitio, leí una frase atribuida al difunto presidente Mao Tse-tung, que decía más o menos: «La lavadora eléctrica no ha contribuido en nada a la liberación de la mujer». Y a continuación venía un breve comentario, entre sarcástico e irritado de Teresa Pamies —sigo citando de memoria— agudamente ecuaníme: «Eso sólo pudo afirmarlo un hombre que no tenía necesidad de lavarse sus propios calzoncillos». Ignoro quién le lavaba la ropa sucia a Mao. Quizá no su distinguida esposa, dedicada de lleno a la política durante años y años. Sin duda, lo haría algún personaje subalterno de la «corte», seguramente femenino: una criada, por llamarlo con el nombre clásico occidental, prerrevolucionario. ¿O habría en el domicilio del fundador de la China Popular, tal vez a escondidas, un electrodoméstico adecuado, con los detergentes oportunos, al servicio de los calzoncillos, las camisas, los pañuelos y demás telas de uso diario del jefe y de su familia? Puede que fuese de importación. De no ser así, el sistema de la colada continuará, en la China Popular, como aquí en la época de nuestras sacrificadas abuelas: la generación de mi madre, sin ir más lejos, funcionaba de este modo.

Dejemos de lado la anécdota capciosa de Mao: la notoria tontería proferida por Mao. Desde luego, ni yo ni nadie se atreverá a proclamar que un «electrodoméstico» cualquiera, ni todos sumados —empezando por la lavadora—, sean un arma feminista. La «liberación de la mujer» no consiste únicamente en evitar que ellas —ellas— limpien los calzoncillos de sus machos. O les peguen botones, remiendan otras prendas de vestir, las planchen. O hagan la cocina, desde la comida a la vajilla. O... Bueno, esta sociedad en que vivimos, medio patriarcal y medio matriarcal, porque es lo uno y lo otro a la vez y sería bobo disimularlo, arrastra desde muy antiguo una «división del trabajo» que coincide con la «división de sexos». En los debates, que se montan acerca del particular

—incluso hoy, cuando dicha «división de trabajo-sexo» deja de ser lo que era— perdura la imagen de la mujer «hogareña»: la encargada de los calzoncillos inmundos. Las máquinas favorables a la mujer no la «liberan» en abstracto, pero sí la «liberan» en concreto: de algo, por lo menos. Lo cual no es de desdenar. Y si no, que se lo pregunten a las interesadas.

Cierto que «una esposa-con-lavadora» no es una mujer «liberada». Ni mucho menos. Una «esposa-con-muchos-electrodomésticos», todos los que la mal llamada «sociedad de consumo» pone a su alcance, no será todavía una mujer «liberada». Pero menos da una piedra. El problema de fondo es muy distinto. Yo no lo calificaría, como alguna condesa española de los años 40 ó 50, de «lucha de sexos».

Si se da una «lucha de sexos» auténtica, sólo podría ser una variante de la «lucha de clases», en la medida en que, metafóricamente —o no— la mujer es, como se ha repetido mil veces, «el proletario del hombre». Cuando se charla sobre la «liberación de la mujer» me temo que generalmente se incurre en un riesgo fastuoso de imbecilidad. Por más que se empeñen unas y otros en reclamar «igualdades», la cosa sólo se quedará a niveles jurídicos laborales, de comprensión —o incompreensión— mutua. Esa «igualdad» no sería difícil de conseguir, y me pregunto por qué aún no la han asumido los parlamentarios o los dictadores de turno. Al fin y al cabo, viene impuesta por los «hechos»: la supremacía «legal» del macho humano podría ser eliminada, como un residuo cuasi-feudal de derechos ¿a qué espera? Tropieza con el «moro» —o el «falócrata» que manda. «Si las mujeres mandasen...», cantaban en aquella zarzuela. Mandan los hombres.

No creo que eso constituya un obstáculo radical. Un día u otro, los machos cederán. Mucho o poco, según las circunstancias. Pero irán cediendo. Ya ceden. Permanece la referencia básica: el matrimonio, la familia. No entraré ahora en estos embrollos, tan

complejos, tan íntimos, tan viscerales. Me limitaré a una observación elemental: la igualdad de derechos no equivale a una «igualdad de sexos». Existe, no ya la «pequeña diferencia» del chiste, sino una tremenda diferencia biológica: el hombre es «hombre» y la mujer es «mujer», y esto no tiene arreglo. Por suerte. Porque, aunque hombres y mujeres lo olviden, unos y otras no son más que instrumentos de la «especie», que ha de perpetuarse por instinto. ¡Y qué afición le echan a la cosa!

Y lo verificable es que «biológicamente» —e insisto en lo de la biología— entre el hombre y la mujer hay «grandes diferencias». Entre las cuales, naturalmente, no figura la de lavar calzoncillos. La mujer pertenece a la «especie humana» y eso de «humana» suena a «hombre». Y ella no es un «hombre»: tiene sus reglas, queda embarazada, posee una curiosa tendencia a parir, ha de ocuparse de sus crías para que no se les mueran de hambre, de espasmo o de garrotillo. La mujer siempre es potencialmente una madre: está destinada a serlo, aunque no le guste (y suele gustarle). El feminismo militante es una actitud «racionalista» admirable. Sólo que la mayoría de las mujeres desean ser «madres» —y matriarcas—: la «división del trabajo», en este terreno, cae fuera de la órbita de Marx. Los hombres «engendran», las mujeres «conciben». No hay «igualdad» en ese plano, como no sea «motivada» o «legal»: que el padre se erija en patriarca... Y ya pueden inventar anticonceptivos, aprobaciones del aborto, facilidades de divorcio: nada de eso será definitivamente igualitario para la mujer. Lo siento. El feminismo tiene este límite: el biológico. Son «ellas» las que tienen hijos: ellas son la «especie». Digan lo que digan quieren serlo. El día que se nieguen a ello, en términos estadísticamente importantes, quizá ya la «crisis económica» o la «crisis energética» resulte menos aflictiva. Las feministas, o son la anti-madre o aspiran a matriarcas.

JOAN FUSTER

## EL GUSTO DE LA SANGRE

En algunas páginas, dispersas me he ocupado de la línea alternativa que registra la fiesta de los toros en el aprecio del mundo intelectual. Surgida muy tarde como espectáculo —en el siglo XVIII— ofrece el escritor motivo de juicios favorables o adversos, de acuerdo con el mayor o menor fervor nacionalista que empuja su pluma. Y no es difícil señalar que, en torno a la Generación del Noventa y Ocho, y sus tendencias europeístas, se registra una evidente desvalorización: ni Baroja, ni Azorín, ni Unamuno, ni Antonio Machado fueron taurófilos. Y sólo muy vagamente —Manuel Machado hubiera querido ser un buen banderillero—, los modernistas.

Curiosamente hacia los años 20 surge un rebrote taurófilo que se apoya en las menos «europeas» de las regiones españolas. «Solamente una trasmutación tan antigua de civilizaciones como la andaluza —escribió José Bergamín— podría originar el torero...». Llegando a añadir que los que se oponían a la fiesta eran «sentimentales disfrazados, sin sensibilidad todavía para su natural y sobrenatural, espiritual entretenimiento» («El arte de biribirloque»). Ortega y Gasset detectó el hecho en su «Teoría de Andalucía»; José María Cossío escribió una monumental enciclopedia sobre los toros; algunos, sólo algunos, pero importantes poetas del 27 —Diego, Alberti, Lorca— cantan la «fiesta breve» en una temática que habría de continuarse desde Miguel Hernández y Rafael Morales.

Acaso serían estos antecedentes los que podrían invocarse ante el hecho alucinante de que hoy las corridas de toros caigan dentro de la competencia del Ministerio de Cultura. Como lo es el que el titular del mismo presida una entrega de trofeos taurinos. Pero esta sobrevaloración puede provocar reacciones radicales. Así vemos las que anota el brillante comentarista de «El País» (20 de mayo) Manuel Vicent, que ha declarado su repudio por este acontecimiento, calificando las corridas como «un espectáculo hortera y tercermundista, rodeado de gángsters aceitosos de tercera división, de picaros chorizos, de hedores de desolladero, de señoritos latifundistas, patriotas con puro y clavel».

Y en busca de los obligados antecedentes «culturales» añade: «La vosa viene de lejos. La fiesta de los toros está asistida desde antiguo por una literatura entre lo estofado y el laurel bajo la inspiración del perro Paco. Todo consiste en mezclar la elegancia del verso gongorino con el sabor de un pincho de morcilla y soñar con una raza de hombres morenos y patilludos poseídos de valor. Después llegan unos filósofos y hablan del sacramento de la muerte, el rito del minotauro, ya

se sabe, una misa idealista donde se consagra esa olla podrida».

Un cuerno de toro blandiendo hacia el aire tórrido del verano el paquete intestinal de un joven soñador de billetes es un espectáculo lleno de belleza...

Al hilo de estos comentarios sacásticos he seguido, con la habitual curiosidad con que registro nuestros quehaceres colectivos, el despliegue informativo de RTVE frente a los toros, y no dejo de admitir la precisión graciosa con que Marivi Romero ordena los adjetivos múltiples con que juzga un pase de muleta. Pero en la última fierade San Isidro, en su decimocuarta corrida, sucedió que, después de las graves cogidas que llevaron a la enfermería a los diestros Manolo Cortés, Ruiz Miguel y Francisco de Paula la corrida hubo de suspenderse. He aquí el último episodio de esta serie sangrienta tal como lo describe el comentarista Joaquín Vidal («El País» 27 de mayo). «Maltrecho casi inconsciente, sujetándose la cabeza con las manos, Paula fue recogido por las asistencias y las cuadrillas y trasladado rápidamente a la enfermería. Quedó dueño de la plaza el toro, que aún se arrancó una vez al caballo. Unos minutos después se anunciaba por los altavoces la suspensión de la corrida. Las dos caras de la fiesta gloria y tragedia, se habían consumado».

¿Cuál fue la reacción del público ante esta dramática sucesión de desastres sangrientos? Vicente Zabala («ABC», 29 de mayo): «La fiesta una vez más —me remito a Ortega Gasset— es el reflejo de lo que está sucediendo en el país. Somos extremistas, delirantemente apasionados, terriblemente viscerales. La cabeza no se usa para nada. Así se puede explicar como un público se irrita hasta enronquecerse arrojando almohadillas y botes de cerveza porque el presidente suspende la corrida porque están heridos en la enfermería los tres espadas. Por las escaleras, a mi vera, bajan individuos, desgañitados, llamar «mangantes» a los que se han quedado en la enfermería con las carnes partidas, el quirófano a tope, anestésicos, bisturíes y todo lo que trae consigo el drama de la fiesta. La sangre de los toreros forma parte de este juego, que se ventila a muerte. Pero la sangre de los toreros, sangre humana al cabo, merece respeto, un profundo respeto». «La sangre de los toreros —han leído bien— forma parte de este juego».

Por eso yo no llamaré nunca a los toros «La fiesta nacional».

GUILLERMO DIAZ-PLAJA

(De la Real Academia Española)